

# EDITORIAL

La complejidad como metáfora signa la pasión por lo múltiple y lo singular. La vivencia irreductible de los acontecimientos infiltra la serenidad de lo simple, pero lo simple como lo puro, es el producto de una actividad mutilante de lo real y la expresión de la pereza de la inteligencia frente a la fugacidad de los acontecimientos y la multiplicidad de opciones que ofrece la vida.

El paso de lo simple a lo complejo no es solamente un cambio de perspectiva, o una puesta en guardia frente a las simplificaciones inscriptas en el ímpetu irreflexivo y en la ansiedad generada por lo diverso y lo inacabado.

Tampoco la complejidad es lo opuesto a lo simple, sino más bien una alternativa al reduccionismo y su consecuente ceguera.

El pensamiento complejo incorpora las disyunciones, y las opciones excluyentes transmutándolas en cada caso, en complementariedad virtual, desmontando las complicaciones generadas por una lógica demasiado ingenua para comulgar con la totalidad.

Pero así como distinguir no es aislar, tampoco religar y "transligar" es confundir y totalizar. La totalidad es imposible como verdad. Los errores y horrores de este siglo son la parte sensible de esta certeza.

La necesidad de tejer los lazos existentes en los distintos niveles de la realidad no implica confundir complejidad con completitud, por ello la visión holística es, en realidad, la otra cara de la visión reductiva.

La cibernética y la sistémica muchas veces han ocultado su virtud transdisciplinaria detrás del ímpetu del análisis, perdiendo de vista aquello que es parte de su fundación: la ambigüedad del término totalidad, la volatilidad de la idea de orden y lo fantasmal de la noción de sistema.

La pasión por lo absoluto es presa del resentimiento cuando lo singular, lo incierto y lo incompleto ofenden la creencia en la unidad simple de lo diverso.

*La complejidad no es un fundamento, no es una palabra solución, es un principio regulador, que no pierde de vista, no permite adormecer ni anestesiar las vivencias del tejido fenoménico en que estamos inmersos. No es el pensamiento ni el gobierno de lo real, es la imposibilidad de volver sobre los pasos de la experiencia y las resoluciones de la modernidad frente a la responsabilidad actual de tener que construir los futuros posibles de la primera civilización planetaria.*

La civilización planetaria se reconoce en el hecho concreto de que la mayoría de los conflictos, de los problemas y desafíos del presente son fenómenos interiores y corresponden a un mundo satelizado y errante. Las diferencias económicas, políticas, religiosas, nacionales, raciales e ideológicas se han acentuado, pero a su vez están siendo absorbidas en el movimiento interdependiente y complejo de lo planetario.

Las diferencias entre oriente y occidente, el norte y el sur, las derechas y las izquierdas, lo artificial y lo natural, la conservación y la revolución, el socialismo y el capitalismo, la paz armada y la guerra fría, los colores de los hombres, la pobreza y la riqueza, lo local y lo global, la salud y la enfermedad, el empleo y el desempleo, recorren y son recorridas por una mutación radical que encierra una crisis de escalas sin precedentes: cambios de signos y de tiempos.

El principio mismo y el significado de estas diferencias transitan por una dimensión borrosa y discontinua. Dos elementos de esa mutación se retroalimentan entre sí: la complejidad de la planetarización y la planetarización de la complejidad.

Esta retroalimentación demanda una sincronicidad inédita entre la diversidad de acciones, decisiones y responsabilidades locales en un contexto global.

Pero para lograr una articulación compleja de lo global como contexto de lo singular y lo diverso es necesario pensar de nuevo los principios que han fundado nuestras sociedades y repensar las grandes tradiciones políticas a la luz de la experiencia del siglo XX.

Construir una civilización basada en la libertad, la solidaridad, la igualdad y la tolerancia es comenzar a navegar las sendas de la primera revolución mundial. El regreso de los hombres perdidos entre los signos y las cosas, es el regreso del amor y del diálogo.

Si el otro nombre del SIDA es la promiscuidad informativa, y la otra cara de la crisis ambiental es la irresponsabilidad productiva, entonces no se trata sólo del escándalo de ver amenazada la continuidad de la especie, sino que es preciso cuanto antes asumir la urgente necesidad de la profundización de la democracia y de la reforma del pensamiento contemporáneo.

Distintos signos señalan que el movimiento ha comenzado, la proliferación de redes informales para la revitalización de los lazos sociales, señalan un nuevo protagonismo y la búsqueda de una renovada participación basada en una ciudadanía con plena conciencia de su responsabilidad global.

La creciente autoreflexión y autocrítica en el ámbito científico, los intentos de iluminar los espacios transdisciplinarios y transculturales señalan el advenimiento de un nuevo diálogo entre ciencia, filosofía, poesía y religión.

Esta revista quiere ser un testimonio más del comienzo de la reconstitución de la unidad en la diversidad de las culturas y de la resurrección de la persona. *La cura de nuestro mundo es doble porque la regeneración de la política requiere la reinención del amor.* o